

W. IRVING,  
E. A. POE, H. JAMES,  
O. WILDE, SAKI

HISTORIAS  
COMICAS DE FANTASMAS



Escribir una buena historia cómica de fantasmas es, reconocidamente, una de las pruebas literarias más difíciles. Sin embargo, varios grandes autores la han superado con éxito espectacular, así: *La leyenda del valle durmiente* de Irving, *El fantasma de Canterville* de Wilde, *El Rey Peste* de Poe, se sitúan en las más altas cotas de popularidad en la historia de la narrativa breve, mientras que *La tercera persona* de Henry James, es una maravilla de ironía y virtuosismo, y *Laura* de Saki, una excelente muestra de calidad técnica y riqueza de efectos cómicos habituales en este maestro del humor negro inglés.

## NOTA DE PRESENTACIÓN

*Las relaciones entre comicidad y fantasmagoría, pese a poder parecer muy marginales para el estudio crítico, y haber permanecido por ello escasamente estudiadas, presentan tanta riqueza y tanta complejidad que resulta imposible abordar, en breve espacio, ni siquiera un mero intento de síntesis. Nos limitaremos, pues, de un modo tan sucinto que deberá entenderse como caricaturesco, a exponer los datos esenciales en base a los cuales se ha realizado esta antología de historias cómicas de fantasmas. De cualquier modo, dado el carácter poco usual del tema, consideramos preferible ofrecer al lector una caricatura de exposición antes que, simplemente, dejarle sin explicación alguna.*

*Los tratamientos cómicos de lo sobrenatural o lo extranatural han sido abundantes en la historia literaria, y a menudo han surgido de ellos obras maestras. Baste con recordar, a título de meros ejemplos entre los cientos posibles, a Boccaccio en alguno de sus cuentos, al Maquiavelo de Belfegor, a Rabelais, a Cervantes, a Swift, a Cyrano de Bergerac, a Voltaire... Pero, hasta finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la comicidad en lo extranatural estuvo al servicio más o menos directo de propósitos ideológicos y políticos: reírse de las manifestaciones del más allá, de los prodigios y los demonios, respondía a la lucha contra la superstición popular, contra el oscurantismo de los gobernantes, contra el clero, contra el inmovilismo intelectual; y, a veces, se buscaba sólo disfrazar con ropaje cómico y fantástico algún mensaje intelectual con objeto de burlar la censura.*

*A partir de mediados/finales del siglo XVIII, y hasta bien entrado el XIX, el género gótico, coincidiendo en el tiempo con la plenitud de la Ilustración y el primer auge del romanticismo (Maturin, autor de la última gran novela gótica Melmoth, 1820), (muere el mismo año que Byron, 1824), hace que lo fantasmal logre, en literatura, un éxito sin precedentes, pero esta vez dentro de coordenadas eminentemente literarias y sin vinculaciones claras con la propaganda política o ideológica (así, por ejemplo, el gran impulsor del género, Horace Walpole, se movía en el ambiente de la Ilustración). Desbordando a la novela sentimental, el género gótico se convierte en la literatura más leída de la época, y los espectros, vampiros y toda clase de engendros infernales pasan a los primeros puestos de la popularidad. Aunque el cultivo del género gótico sobrevive a su decadencia y se prolonga, dando esporádicamente frutos valiosos, incluso hasta nuestros días, su hegemonía en el campo de la narrativa va extinguiéndose durante el primer cuarto del siglo XIX.*

*La pérdida de protagonismo literario por parte del género gótico se produce (dejando aparte los cambios sociales e ideológicos que subyacen al fenómeno) en dos líneas distintas. La primera es, obviamente, la de rechazo, de reacción contra el género, y el arma empleada suele ser la comicidad, la ridiculización. Ya dentro de algunas de las mejores novelas góticas había gérmenes de burla hacia ellas mismas. En 1803 (aunque la obra no se publicará sino en 1818, el año siguiente al de la muerte de la autora), Jane Austen, en La abadía de Northanger somete al gótico a una finísima sátira, en nombre de la vuelta a la apreciación de la realidad cotidiana. En 1804, Jan Potocki, desbordando en fantasía a los mejores autores góticos, prepara para su edición (que no se realizará sino varios años después) su Manuscrito encontrado en Zaragoza, obra en la que los horrores del goticismo, brillantísimamente manipulados, constituyen la materia prima de una de las obras cómicas más*

*grandes de la historia (sin que por ello deje de ser al mismo tiempo uno de los más grandes logros de la literatura fantástica). En 1818 (año de la tardía publicación de La abadía de Northanger) aparece La abadía de las Pesadillas, de Thomas Love Peacock, sátira que, dirigida contra las truculencias del romanticismo, se apoya en las truculencias del goticismo.*

*La segunda vía de extinción del gótico como género hegemónico es, también obviamente, la de superación. Aparecen y se perfeccionan, en su forma moderna, el relato y la novela corta (siendo en ello pioneros algunos de los propios autores góticos: M. G. Lewis, Maturin, el mismo Walter Scott); y éstas son las herramientas técnicas esenciales con que los escritores alemanes de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX impulsan nuevos y profundos tratamientos de lo fantástico, lo horrendo, lo sobrenatural. A diferencia del gótico, no tenemos ya ahí una construcción básicamente apoyada en los «efectos escénicos», sino una nueva concepción, sombría y renovadora, de la vida y la condición humanas, en el marco de la revolución intelectual del Sturm und Drang y el romanticismo. Hoffmann, Tieck, Brentano, Arnim, La Motte-Fouqué, hasta el propio Goethe, producen obras de horror fantasmagórico que penetran hasta el corazón mismo del movimiento romántico: bajo su directo estímulo, incluso Byron y P. B. Shelley ensayan el cuento de fantasmas; Mary Shelley publica su Frankenstein (significativamente subtulado «El Prometeo moderno»), Polidori su Vampiro; la fantasmagoría alemana es, visible y a menudo explícitamente, la más sólida raíz literaria de las obras de terror de Nodier, de Hawthorne, Gautier, Nerval, Poe...*

*Lo fantástico, lo horrendo, vuelven, a partir de ahí, a ocupar un puesto predominante. Aunque la sobresaturación de fantasmas conduce a un cierto cansancio del público a finales de los años 1820, los escritores han llevado ya el tratamiento de lo fantasmagórico y lo horrendo hasta tales niveles de calidad, y le han infundido tales potencialida-*

des literarias, que lo fantástico y lo terrorífico siguen siendo constantemente cultivados por autores de primera fila, manteniéndose (a pesar del tradicional desprecio academi-cista) hasta la actualidad en los niveles más altos de la elaboración literaria.

Reírse del género gótico había sido una tarea relativamente sencilla: salvo espléndidas excepciones, los fantasmas góticos eran simples espantajos. Como se verá en la presente antología (en especial en «El fantasma de Canterville», de Wilde), la burla del goticismo siguió siendo la vía más directa y efectista de crear comicidad con elementos sobrenaturales. Pero, en el altísimo nivel de complicación técnica y exigencia imaginativa en que había pasado a moverse la literatura de terror fantasmagórico, la creación de obras cómicas dentro de este campo se convertía en un tremendo desafío a la destreza de un escritor. Así, una gran especialista en la literatura de fantasmas, Montague Summers, escribía, en 1929, que solamente se habían logrado escribir dos buenas historias cómicas de fantasmas: «El fantasma de Canterville», de Oscar Wilde, y «El espectro de Tappington», de Richard Barham. Sin embargo. Summers aplica, en su afirmación, un criterio altamente restrictivo, que simplificando viene a responder más o menos al «cuento de fantasmas» tradicional. Ampliando levemente el criterio, de tal modo que queden englobadas todas aquellas obras en que las manifestaciones de lo sobrenatural, reales o imaginarias, constituyen el punto clave de la trama, el panorama cambia por completo, y aparecen no dos, sino incontables historias fantasmagóricas con tratamiento cómico de gran calidad.

El propósito de la presente antología es, simplemente, el de ofrecer un muestrario significativo de los diversos tratamientos cómicos de lo fantasmagórico a lo largo de la época dorada del moderno cuento de fantasmas: desde la caída de la hegemonía del género gótico hasta, más o me-

nos, los umbrales del siglo XX. Los criterios aplicados en la selección han sido, básicamente, los siguientes:

En primer lugar, el criterio del logro técnico: la demostración por parte de una serie de grandes autores de su capacidad para, yendo más allá de la tarea, ya de por sí extremadamente difícil, de escribir una buena historia fantasmagórica, escribirla en tono cómico. Las narraciones seleccionadas han superado la prueba técnica con un éxito espectacular. Así, «La leyenda del valle durmiente», de Washington Irving se considera como una de las obras maestras de la narrativa norteamericana, y como tal figura reiteradamente en las antologías. «El fantasma de Canterville», de Oscar Wilde, es probablemente la obra narrativa más popular del autor. «El rey Peste» figura en prácticamente todas las selecciones de relatos de Poe en distintos idiomas. «La tercera persona», de Henry James, es una maravilla de ironía y virtuosismo, pese a no figurar entre las obras más difundidas del autor. Finalmente, «Laura», de Saki, es una excelente muestra de la calidad técnica y la riqueza de efectos cómicos habituales en este maestro del humor negro inglés.

El segundo criterio ha sido el de la diversidad. Se ha buscado que las tramas, las situaciones, el enfoque de los distintos relatos, se diferencien al máximo, y ofrezcan una panorámica de las muy diferentes formas en que se ha abordado el tratamiento cómico de lo fantasmagórico: quedan aquí representados desde el fantasma tradicional, con sus cadenas y sus aullidos, hasta la reencarnación, siendo los temas y los argumentos, en varios casos, realmente insólitos. También los tonos en la comicidad son distintos: grotesco en Poe, irónico en James, etc. Finalmente, están representados los géneros esenciales: novela breve, relato, cuento.

El orden que se sigue es el cronológico de la vida de los autores, que se corresponde con el de la publicación de las obras con la sola excepción de que «El fantasma de Canter-

ville», de Wilde (nacido en 1854), se publicó trece años antes que «La tercera persona», de H. James (nacido en 1843).

Washington Irving (1783-1859) publicó en 1820 «The Legend Sleepy Hollow» («La leyenda del valle durmiente»). Se trata de una de las varias narraciones de la serie «Knickerbocker», personaje con el que Irving empezó a enseñar a los norteamericanos a saber reírse de sí mismos.

Edgar Allan Poe (1809-1849) publicó «King Pest» («El rey Peste») en 1835, en el Southern Literary Messenger. Si bien Poe, maestro a la vez de lo horrendo y de lo grotesco, debía figurar necesariamente en esta antología, curiosa-mente el margen para la elección de un relato suyo era mucho más estrecho de lo que a primera vista pudiera parecer, ya que son pocas las ocasiones en que Poe recurre a lo sobrenatural. Solamente «Bon-Bon», «El diablo en el campanario», y otros dos o tres relatos reunían lo grotesco y la referencia a lo sobrenatural; se ha considerado que «El rey Peste» es, dentro de este escaso número de relatos, no sólo el mejor técnicamente, sino también el que más se acerca a esa ambigüedad entre lo real y lo irreal que constituye un elemento casi necesario de un verdadero relato de fantasmas.

Henry James (1843-1916) publicó «The Third Person» («La tercera persona») en 1900. Ya dos años antes había publicado la que quizá sea la mejor novela larga de fantasmas jamás escrita, *The Turn of the Screw* (La vuelta de torno). Aparte del excepcional valor que ofrece por sí misma, «La tercera persona» proporciona indicios muy reveladores sobre la exacta naturaleza de los fantasmas concebidos por Henry James.

Oscar Wilde (1854-1900) publicó «The Canterville Ghost» («El fantasma de Canterville») en *The Court and Society Review*, en dos partes, el 23 de febrero y el 2 de marzo de 1887, incluyéndolo en 1891 en *Lord Arthur Savile's Crime and Other Stories*. Anteriormente sólo había publica-

*do, con escaso éxito, un volumen de poemas y dos obras teatrales, con lo que «El fantasma de Canterville» se convierte, en su biografía, en su primera consagración importante como escritor.*

*Saki (seudónimo de Héctor Hugh Munro) (1870-1916) incluyó «Laura» en la recopilación de relatos Beasts and Superbeasts (Bestias y superbestas), la última que apareció en vida suya (1914). Son varios los cuentos de Saki que podrían figurar en esta antología. La elección de «Laura» responde a que, entre las diversas posibilidades, este cuento era el que más se alejaba de los temas tocados por las demás obras incluidas en la antología.*

*La nacionalidad de los autores ofrece poca diversidad. Dos son británicos (Wilde y Saki), dos norteamericanos (Irving y Poe), y uno, Henry James, fue ambas cosas, habiendo abandonado la nacionalidad americana para adquirir la inglesa en 1915. Esto no responde a ningún criterio premeditado, sino al simple hecho de que la producción sobre fantasmas con tratamiento cómico es peculiarmente abundante en lengua inglesa, y ofrece por lo tanto un material especialmente rico entre el que elegir.*

# Washington Irving

## LA LEYENDA DEL VALLE DURMIENTE

*(The Legend of Sleepy Hollow, 1820)*

ENCONTRADA ENTRE LOS PAPELES DEL FALLECIDO  
DIEDRICH KNICKERBOCKER  
(UN NEOYORQUINO HOLANDÉS)

*Tierra agradable era de cabeza soñolienta,  
de sueños que ondean ante el ojo entornado;  
y de alegres castillos en nubes que han pasado,  
por siempre enrojeciendo en un cielo de verano.*

*Castillo de indolencia*

En el seno de una de las espaciosas ensenadas que forman la dentada orilla oriental del Hudson, en esa vasta expansión del río denominada por los antiguos navegantes holandeses Tappan Zee, y donde siempre aminoraban prudentemente la marcha, e imploraban la protección de San Nicolás al cruzarla, hay un pequeño burgo de mercado o puerto rural, que es llamado por algunos Greensburgh, pero que es conocido de forma más general y adecuada por el nombre de Tarry Town<sup>[1]</sup>. Este nombre le fue dado, según nos han contado, tiempo ha, por las buenas amas de casa de la región adyacente, debido a la propensión inveterada de sus maridos a demorarse en la taberna del pueblo los días de mercado. Sea como fuere, no respondo por el hecho, sino que me limito a advertirlo, en mi celo por ser conciso y auténtico. No muy lejos de este pueblo, quizá a unas dos millas, hay un pequeño valle, o mejor dicho una falda de tierra entre altas colinas, que es uno de los lugares más tranquilos del mundo entero. Se desliza por él un arroyuelo, con el murmullo justo para invitar al reposo; y el ocasional

piar silbante de una codorniz, o el golpeteo de un pájaro carpintero, son casi los únicos sonidos que irrumpen en el silencio uniforme.

Recuerdo que, de mozuelo, mi primera hazaña en la caza de ardillas fue en un bosquecillo de altos nogales que sombrea un lado de ese valle. En mi deambular había penetrado en él a mediodía, cuando la naturaleza está especialmente tranquila, y me sobresaltó el rugido de mi propia arma al romper en torno suyo el silencio sabático y prolongarse y reverberar en enfurecidos ecos. Si en algún momento buscase un retiro donde pudiera escabullirme del mundo y sus distracciones, y aislarme, soñando en paz, de los restos de una vida turbulenta, no conozco un lugar más prometedor que este pequeño valle.

Debido al indiferente reposo del lugar, y al carácter peculiar de sus habitantes, que son descendientes de los colonos holandeses originales, ese apartado hocino se conoce desde hace tiempo por el nombre de Valle Durmiente, y sus rústicos muchachos son llamados los Chicos del Valle Durmiente en toda la región circundante. Parece como si hubiera suspendida sobre la tierra una influencia soñolienta y soñadora, invadiendo su atmósfera. Hay quien dice que el lugar fue embrujado por un gran doctor alemán, durante los primeros tiempos de la colonización; otros, que un viejo jefe indio, profeta o hechicero de su tribu, celebró allí sus ceremonias mágicas antes de que el país fuera descubierto por maese Hendrick Hudson. Lo cierto es que el lugar sigue bajo el influjo de algún poder embrujador, que mantiene el hechizo en las mentes de sus buenas gentes, haciéndoles andar en un ensueño constante. Son propensos a todo tipo de creencias maravillosas; están sujetos a trances y visiones; y con frecuencia ven apariciones extrañas, y oyen músicas y voces en el aire. Todo el vecindario abunda en fábulas locales, sitios encantados y supersticiones a media luz; las estrellas centellean y los meteoros fulguran a través del valle con más frecuencia que en ninguna otra parte del país, y la pes-

adilla, con sus nueve caras, parece haberlo convertido en el escenario favorito de sus cabriolas.

No obstante, el espíritu dominante que envuelve a esta región encantada, y que parece ser el comandante en jefe de todos los poderes del aire, es la aparición de una figura a caballo sin cabeza. Algunos dicen que es el fantasma de un soldado de las tropas de Hesse,<sup>[2]</sup> cuya cabeza se llevó quizá una bala de cañón, en alguna batalla sin nombre durante la guerra revolucionaria; y que de vez en cuando es visto por los campesinos, avanzando a toda velocidad en las tinieblas de la noche, como en las alas del viento. Sus apariciones no se confinan al valle, sino que en ocasiones se extienden a los caminos adyacentes, y especialmente a la vecindad de una iglesia situada a no mucha distancia. Lo cierto es que algunos de los más veraces historiadores de esa zona, que han puesto sumo esmero en reunir y confrontar los flotantes hechos concernientes al espectro, alegan que como el cuerpo del soldado está enterrado en el cementerio, el fantasma cabalga hasta el escenario de la batalla en una búsqueda nocturna de su cabeza; y que la prisa precipitada con la que a veces pasa por el valle, como una ráfaga de medianoche, se debe a que se ha retrasado y tiene prisa para volver al cementerio antes del alba.

Ese es el significado que suele darse a esta superstición legendaria, la cual ha proporcionado material para numerosas historias espeluznantes en esa región de sombras; y el espectro es conocido, en todos los hogares de la región, por el nombre del Jinete Sin Cabeza del Valle Durmiente.

Es extraordinario que la propensión visionaria que he mencionado no quede confinada a los habitantes nativos del valle, sino que sea embebida de forma inconsciente por todos cuantos residen allí un tiempo. Por muy despiertos que estuvieran antes de entrar en la región durmiente, es seguro que al poco tiempo inhalarán la influencia embrujadora del aire y empezarán a volverse imaginativos, a soñar sueños y a ver apariciones.

Menciono este rincón solitario con toda la loa posible; porque es en los pequeños valles apartados holandeses como éste, que se encuentran ocultos en el seno del gran Estado de New York, donde la población, los usos y las costumbres han quedado fijados, mientras el gran torrente de migraciones y mejoras, que está provocando cambios tan incesantes en otras partes de este inquieto país, pasa arrasador junto a ellos sin que ni se enteren. Son como esos pequeños remansos de agua estancada que bordean un rápido arroyo, donde podemos ver la paja y la burbuja tranquilamente ancladas, o dando vueltas lentas en su puerto simulado, sin ser molestadas por el ímpetu de la corriente que pasa. Aunque hace ya muchos años que no piso las sombras soñolientas del Valle Durmiente, sigo preguntándome si no encontraría aún los mismos árboles y las mismas familias vegetando en su abrigado seno.

En ese lugar apartado de la naturaleza, vivió en un periodo remoto de la historia americana, es decir, hace unos treinta años, un respetable personaje llamado Ichabod Crane, quien residió o, como él lo expresaba, se «demoró» un tiempo en el Valle Durmiente, con el propósito de instruir a los niños de la vecindad. Era nativo de Connecticut; un Estado que abastece a la Unión de pioneros de la mente tanto como del bosque, y le envía todos los años sus legiones de leñadores de frontera y maestros rurales. El apellido Crane [grulla] no era inaplicable a su persona. Era alto, pero extremadamente flaco, con hombros estrechos, brazos y piernas largos, unas manos que le colgaban una milla por fuera de las mangas, unos pies que podrían haber servido de palas, y un cuerpo en conjunto que le bailaba sin cohesión. Tenía la cabeza pequeña, y plana en el cráneo, con enormes orejas, unos grandes ojos verdes y vidriosos y una nariz larga de agachadiza, de suerte que parecía un gallo de veleta irguiendo su cuello fusiforme para decir de qué lado soplaba el viento. Al verle caminar por el perfil de una montaña en un día de viento, con la ropa hinchándose y

flotando a su alrededor, podía uno tomarle por el genio del hambre descendiendo a la tierra, o por un espantapájaros fugado de un campo de maíz.

Su escuela era un edificio bajo de una sola y vasta estancia, construido toscamente con troncos; las ventanas en parte con vidrios, y en parte con parches hechos con hojas de viejos cuadernos de copiar. Quedaba ingeniosamente cerrada, en las horas en que estaba vacía, mediante un mimbre enrollado en el picaporte y unas estacas apoyadas contra los postigos de las ventanas; de suerte que, aunque cualquier ladrón podía entrar con toda facilidad, se encontraría en apuros para salir; una idea que probablemente había sacado el arquitecto, Yost Van Houten, del misterio de una nasa para anguilas. La escuela gozaba de una situación más bien solitaria, pero agradable, justo al pie de una colina boscosa, con un arroyo fluyendo junto a ella y un formidable abedul creciendo en un extremo. Desde allí podía oírse, en un somnoliento día de verano, el quedo murmullo de sus alumnos, repasando sus lecciones, como el zumbido de una colmena; interrumpido de vez en cuando por la voz autoritaria del maestro, en tono de amenaza o de orden; o acaso, por el pasmoso ruido de la férula, cuando empujaba a algún tardo holgazán por el floreado camino del conocimiento. A decir verdad, era un hombre consciente, y siempre tenía presente la máxima de oro: «No uses la vara y estropearás al niño». Desde luego, los pupilos de Ichabod Crane no se estropearon.

No puedo permitir que se imaginen, sin embargo, que era uno de esos crueles soberanos de escuela, que disfrutaban con el sufrimiento de sus súbditos; por el contrario, administraba la justicia más con discriminación que con severidad; quitando la carga de las espaldas de los débiles, y colocándola sobre las de los fuertes. El mozuelo sencillo e insignificante, que se encogía al menor floreo de la vara, pasaba por ella con indulgencia; pero las exigencias de justicia eran satisfechas infligiéndole una doble ración a algún